

# EL FACTOR 'SEXO' EN LOS PROCESOS DE VARIACIÓN Y CAMBIO

## INTRODUCCIÓN

Las diferencias que en el nivel del lenguaje se observan entre los grupos sociales de muchas comunidades se estructuran, en el plano social, sobre una compleja trama de relaciones cuyo sentido último tiene que ver, entre otros factores, con la propia estructuración social, con el tipo de funciones que tales grupos desempeñan en la comunidad, con la segregación e intercambiabilidad de dichas funciones así como con la vigencia de determinados valores adscritos a cada grupo. Con frecuencia, las diferencias lingüísticas no son sólo un reflejo de la estratificación y de la diferenciación sociales sino que, paradójica, pero tal vez necesariamente por eso, también constituyen uno de los factores que participan en la construcción o consolidación de dichas diferencias (por ejemplo, potenciando bien los atributos de poder bien los atributos de solidaridad). Los grupos sociales pueden desarrollar, pues, estrategias comunicativas diferentes a través de la potenciación, consciente o no, de ciertos rasgos simbólicos de la lengua.

Uno de los factores sociales que más contribuye a promover tal diversidad de estrategias de habla (y también uno de los que más interés ha despertado desde hace tiempo) es la diferenciación según el sexo. El fenómeno ha promovido un intenso debate, abierto aún en la actualidad, en el que se ha pretendido desvelar por qué hombres y mujeres hablan de distinto modo y si este hecho

debería interpretarse en términos de diferencia o de dominación<sup>1</sup>.

Aunque las respuestas parecen sugerir que el comportamiento de cada uno de los grupos no se rige por reglas de validez universal, las mujeres parecen mostrarse mayoritariamente como lingüísticamente más educadas y correctas, promotoras del eufemismo y de un tipo de lenguaje más alusivo e indirecto que el de los hombres, más adaptables a los intercambios comunicativos o más sensibles a las formas prestigiosas de habla<sup>2</sup>.

Me detendré con más detalle en las investigaciones sociolingüísticas. En la línea de lo apuntado anteriormente, este tipo de estudios ha mostrado la existencia de tendencias no siempre constantes en el comportamiento lingüístico de los hombres y mujeres. Una de las más evidentes, al menos para las sociedades occidentales, señala a las

<sup>1</sup> Más recientemente se ha insistido en la conveniencia de analizar el rol sexual en combinación con otros factores como el nivel sociocultural o profesional, la etnia, el tipo de red social a la que se pertenece o el mercado lingüístico en que se hallan implicados hombres y mujeres. De ese modo las connotaciones biológicas del término 'sexo' se anularían en aras de las connotaciones culturales o sociales, que son las que realmente nos importan. Este cambio en la orientación del análisis de los roles lingüísticos en función del sexo ha motivado que algunos autores prefieran hablar de 'género', (véase S. McCONNELL-GINET, "Language and gender", en F. J. Newmeyer (ed.), *Language: the socio-cultural context*, Vol. IV de *Linguistics: The Cambridge Survey*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 75-99; P. ECKERT, "The whole woman: sex and gender differences in variation", en *Language Variation and Change* 1, (1989), pp. 245-267; P. VIOLI, *El infinito singular*, Madrid, Cátedra, 1991) la construcción social del sexo. Véase B. THORNE y N. HENLEY, (eds.), *Language and the sex: difference and dominance* (3ª ed.), Rowley, Mass, Newbury House Publishers, 1978; A. UCHIDA, "When 'difference' is 'dominance': a critique of the 'anti-power-based' cultural approach to sex differences", en *Language in Society* 21, (1992), pp. 547-568.

<sup>2</sup> R. LAKOFF, "Language and women's place", en *Language in Society* 2, (1973), pp. 45-80; J. COATES, *Women, men and language: a sociolinguistic account of sex differences in language*, London, Longman, 1986; R. FASOLD, *The Sociolinguistics of Language*, Oxford, Basil Blackwell, 1990; M. J. BUXÓ REY, *Antropología de la mujer. Cognición, lengua e ideología cultural* (reimpresión), Barcelona, Anthropos, 1978 y 1988, entre muchos otros.

mujeres practicando más las formas lingüísticas socialmente aceptadas y rechazando el uso de las variantes estigmatizadas en una mayor proporción que los hombres, cuyo comportamiento lingüístico se caracterizaría por la tendencia contraria. Esta vendría a constituir la 'norma sociolingüística del género'<sup>3</sup>. Dado que las variantes consideradas normalmente prestigiosas o correctas son las que más practican también los grupos situados en el punto más alto de la escala social, se ha pensado que las mujeres poseen una mayor conciencia que los hombres hacia las variedades estándares. Esta mayor conciencia lingüística se traduce en una mejor adaptación a los contextos formales por parte de las mujeres<sup>4</sup>.

En el otro extremo, los hombres acostumbran a promover las variantes subestándares, característica que comparten con los niveles socioculturales o profesionales más bajos. Dichas variantes pueden ser portadoras de connotaciones como 'rudeza' o 'virilidad' (atributos que tradicionalmente se han considerado masculinos), pero también pueden simbolizar solidaridad o identidad local o de grupo<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> R. FASOLD, *The Sociolinguistics of Language*, p. 92.

<sup>4</sup> J. L. FISCHER, "Social influences on the choice of a linguistic variant", en *Word* 14, (1958), pp. 47-56; J. MILROY, "Probing under the tip of the iceberg: phonological 'normalization' and the shape of speech communities", en S. Romaine (ed.), *Sociolinguistic variation in speech communities*, London, Edward Arnold, 1982, pp. 35-47; J. CHESHIRE, "Present tense verbs in Reading English", en P. Trudgill (ed.), *Sociolinguistics patterns in British English*, London, Edward Arnold, 1978, pp. 52-68 y J. CHESHIRE, "Linguistic variation and social function", en S. Romaine (ed.), *Sociolinguistic...*, pp. 153-166; N. E. DONNI DE MIRANDE, "El ensordecimiento del *žeísmo* porteño", en M. Vaquero y A. Morales (eds.), *Homenaje a Humberto López Morales*, Madrid, Arco/Libros, 1992, pp. 171-183; W. LABOV, *The social stratification of English in New York City* (3ª ed.), Washington, Center for Applied Linguistics, 1966 y 1982; H. LÓPEZ MORALES, "Sociolingüística hispánica: perspectivas futuras", en J. M. Lope Blanch (ed.), *Perspectivas de la investigación lingüística en Hispanoamérica*, México, UNAM, 1980, pp. 59-78; J. RUSSELL, "Networks and sociolinguistic variation in an African urban setting", en S. Romaine (ed.), *Sociolinguistic...*, pp. 125-140.

<sup>5</sup> Véase W. LABOV, *Modelos sociolingüísticos*, Madrid, Cátedra, 1983, pp. 63-71 y 228-229; P. TRUDGILL, "Sex, covert prestige and linguistic

Esta situación (cf. Trudgill, "Sex, covert prestige...", citando una propuesta de Shuy) podría ser, en parte, una respuesta masculina a la situación escolar, dominada, en la esfera lingüística, por la variedad estándar y, en otros muchos aspectos, por ciertas normas de corrección asociadas generalmente al comportamiento femenino. El rechazo de los hombres a las variedades estándares puede interpretarse, de ese modo, como una reacción contra la escuela y los valores dominantes en la misma.

El hecho de que el habla femenina se caracterice por una mayor presencia de variantes lingüísticas prestigiosas ha recibido distinto tipo de interpretaciones, a veces contradictorias. De un lado, se ha puesto en relación con el papel que la mujer juega normalmente en la sociedad occidental. Limitada en muchos casos al ámbito privado (la familia y la cría de los hijos), con menos posibilidades de promoción cultural o económica que los hombres, con menor acceso a los puestos de control y decisión dentro de la comunidad, en definitiva, con un menor poder social, pero también con unos valores simbólicos atribuidos (se espera, por ejemplo, que la mujer sea más correcta que el hombre en muchos aspectos de nuestra cultura), su mayor aproximación al estándar sería un modo de demostrar su valor social o asegurar o marcar su estatus a través de la acumulación del capital simbólico que le proporciona el lenguaje<sup>6</sup>.

Otra interpretación del mismo fenómeno<sup>7</sup> sugiere que, change in the urban British English of Norwich", en B. Thorne y N. Henley (eds.), *Language and the sex...*, pp. 88-104; R. K. S. MACCAULAY, "Negative prestige, linguistic insecurity, and linguistic self-hatred", en *Lingua* 36, (1975), pp. 147-161; O. ALBA, "Diferenciación objetiva y valoración social del debilitamiento de dos segmentos consonánticos en el español dominicano", en M. Vaquero y A. Morales (eds.), *Home-naje...*, pp. 67-74.

<sup>6</sup> P. ECKERT, "The whole woman..."; P. TRUDGILL, *Sociolinguistics: an introduction to language and society* (reimpresión), Harmondsworth, Penguin, 1974 y 1985, pp. 87-88; R. FASOLD, *The Sociolinguistics of Language*, pp. 95-99.

<sup>7</sup> R. WARDHAU, *Introducción á Sociolingüística*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1992, p. 242.

con su mayor imitación del estándar, las mujeres muestran su conformidad y cooperación con los grupos más poderosos de la comunidad, mientras que los hombres se inclinarían más bien por la solidaridad, aproximando su variedad de habla a la de la clase trabajadora.

Una tercera interpretación se refiere a la importancia que la mujer se atribuye en el proceso de socialización del niño. La conciencia de que en dicho proceso ellas asumen una mayor responsabilidad que los hombres las conduce, paralelamente, a una preferencia por la norma estándar<sup>8</sup>.

En los procesos de cambio los datos no parecen mostrar tendencias tan definidas, ya que, según los casos, las mujeres han sido catalogadas como más conservadoras o como más innovadoras. Para Trudgill<sup>9</sup> la idea tradicional de que las mujeres son más conservadoras que los hombres en los procesos de cambio sólo es aplicable a aquellos casos en que éstos se orientan en sentido contrario a la norma (por ejemplo, la glotalización de *t* en inglés). Pero siempre que en los procesos de cambio se halle implicada alguna forma lingüística perteneciente a una variedad de más estatus o norma nacional, el cambio orientado hacia esa norma se encuentra liderado por las mujeres.

Según Labov<sup>10</sup>, los cambios lingüísticos pueden provocar dos tipos de situación con respecto al sexo. En los cambios desde arriba (cambios conscientes, que normalmente se introducen en la comunidad por la influencia de una norma de más prestigio) las mujeres favorecen el uso de las formas innovadoras. En los cambios desde abajo (cambios inconscientes) el liderazgo de la mujer es menos categórico, ya que los hombres se encuentran en la vanguardia de no pocos de ellos.

<sup>8</sup> Véase W. LABOV, "La transmission des changements linguistiques", en F. Gadet (ed.), *Hétérogénéité et variation: Labov, un bilan*, Paris, Larousse (nº 108 de Languages), 1992, pp. 16-33.

<sup>9</sup> *Sociolinguistics: an introduction...*, pp. 92-93.

<sup>10</sup> "The intersection of sex and social class in the course of linguistic change", en *Language Variation and Change* 2, (1990), pp. 205-254.

## METODOLOGÍA

Se pretendió analizar el papel que juegan hombres y mujeres en un proceso de cambio en marcha en la ciudad de Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias). Se trata del cambio de articulación de /ch/, que en la norma canaria es un sonido relajado y sonoro, con escaso relieve del momento fricativo, pero que está siendo sustituido, sobre todo entre determinados grupos de población, por un sonido con una articulación más tensa y con un mayor desarrollo del momento fricativo, como el sonido africado de la norma castellana. Se trata, pues, de un proceso en que una variante vernácula está siendo sustituida por otra de una norma ajena a la comunidad, aunque no extraña, y que en este caso viene a coincidir con la norma estándar.

Este cambio se inscribe dentro de un proceso más amplio de innovación que conduce a la sustitución de determinadas variantes lingüísticas características de la norma canaria (aspiración de —s y de x—, uso de *ustedes* por *vosotros* en la segunda persona verbal, escaso peso del leísmo o uso del léxico idiosincrático) se ven sustituidas por otras de la norma castellana (restauración de —s y de x—, uso de *vosotros*, aumento del leísmo, etc.).

En el plano social, la comunidad canaria se ha visto sometida a un proceso de aculturación constante, sobre todo a partir de los años sesenta y setenta. El desarrollo social y económico y el mayor grado de movilidad espacial experimentados en estas tres últimas décadas han supuesto la revisión y, en ocasiones, el abandono de no pocos valores tradicionales. En este proceso ha jugado un papel importantísimo la difusión de algunos modelos extranjeros, principalmente aquéllos pertenecientes a culturas que se consideran superiores como la europea y la norteamericana. Dichos modelos gozan de un relativo prestigio sobre todo entre los individuos más jóvenes y en la población urbana, lo que ha provocado su paulatina imposición en la cultura local (hábitos alimenticios, vestuario), sustitui-

yendo al modelo (o modelos) autóctonos. Las innovaciones lingüísticas, pues, habría que considerarlas como un reflejo de este proceso de aculturación del canario.

Los grupos sociales que favorecen el cambio hacia /ch/ tensa son las mujeres, los jóvenes y el nivel sociocultural más alto. Los datos sugieren que se trata de un cambio desde arriba, sin embargo no existe todavía una conciencia formada sobre dicha variación, por lo que no se han desarrollado actitudes conscientes hacia la misma<sup>11</sup>.

Los análisis sociolingüísticos han mostrado que tanto en los casos de variables sociales estables como en los procesos de cambio en los que aparecen implicadas formas idiosincráticas a la comunidad, los hombres se hallan, en muchos casos, más apegados que las mujeres a dicha norma<sup>12</sup>. Este rasgo del comportamiento masculino puede entenderse como un modo sutil y normalmente inconsciente de confirmarse en los valores tradicionales, que le permiten mantener un control más directo sobre muchos aspectos de la vida cotidiana<sup>13</sup>, de ahí que la norma de género tal vez represente, a un tiempo, tanto una contrarrevolución por parte de los hombres como una revolución por parte de las mujeres.

En el caso de Santa Cruz de Tenerife se realizará el análisis cruzado del factor sexo con los factores edad y nivel sociocultural de los individuos, con el fin de desvelar otros aspectos del cambio.

La encuesta se llevó a cabo entre 1981-83. La muestra de población se eligió a partir de los datos del Censo de

<sup>11</sup> Véase M. ALMEIDA, "Mecanismos sociolingüísticos del cambio fonético", en Bartol Hernández, García Santos y De Santiago Guervós (eds.), *Estudios filológicos en homenaje a Eugenio de Bustos*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1992, pp. 51-60.

<sup>12</sup> L. MILROY, "Social network and linguistic focusing", en S. Romaine (ed.), *Sociolinguistic...*, pp. 35-48 y L. MILROY, *Language and social network*, Oxford, Basil Blackwell, 1987, pp. 125-131; J. C. HOLMQUIST, "Social correlates of a linguistic variable: a study in a Spanish village", en *Language in Society* 14, (1985), pp. 191-203.

<sup>13</sup> Véase R. FASOLD, *The Sociolinguistics of Language*, pp. 98-99.

1981. De los 99.521 individuos de más de 25 años (edad mínima límite), se eligió a 35, lo que representa el 0.035% de la población. El reparto total de informantes fue el siguiente: 9 de entre 25-35 años, 15 de entre 36-55 años y 11 de más de 56 años; 17 de nivel sociocultural bajo<sup>14</sup>, 7 de nivel medio-bajo, 7 de nivel medio-alto y 4 de nivel alto; 15 hombres y 20 mujeres.

Los informantes eran en todos los casos personas conocidas por los encuestadores. La entrevista era normalmente semidirigida, por lo que se puede decir que el estilo de habla analizado es semiinformal. El material grabado comprende diecisiete horas y media de conversación.

El tratamiento estadístico se llevó a cabo a través del programa VARBRUL 2S.

## RESULTADOS

Se obtuvo un total de 806 realizaciones de /ch/, de las que el 29% (233) eran variantes innovadoras, minoritarias aún en la comunidad pero con una distribución social claramente jerárquica: su número decrece gradualmente según se pasa de los jóvenes a los viejos, de los individuos de más estatus sociocultural a los de menos estatus, de las mujeres a los hombres. Veamos ahora si el papel que juega la diferenciación sexual se mantiene constante dentro de cada uno de los otros dos niveles, el sociocultural y el generacional.

Los datos (cuadro 1) revelan significativas diferencias de comportamiento entre los hombres y mujeres de los niveles socioculturales implicados.

<sup>14</sup> El nivel sociocultural se determinó a partir de la media ponderada de los parámetros 'nivel educacional' y 'nivel profesional', otorgando un mayor relieve a este último.

	Hombres			Mujeres		
	N	%	T	N	%	T
N. bajo	16	8	198	65	27	242
N. medio-bajo	7	13	56	35	42	84
N. medio-alto	3	6	48	56	61	92
N. alto	17	47	36	34	68	50

Cuadro 1. Distribución de porcentajes de variantes innovadoras de /ch/ según los factores sexo y nivel sociocultural ( $X^2= 5.277$ ,  $p < 0.05$ ).

El patrón de comportamiento entre los hombres es muy irregular. Sólo los hombres de nivel sociocultural más alto practican las variantes innovadoras con una frecuencia digna de mención (47%), igualando casi el número de variantes tradicionales. En los demás niveles estas variantes apenas han sido introducidas en sus hábitos lingüísticos.

Llama la atención el comportamiento del nivel medio-alto, que es el grupo que, junto al nivel sociocultural bajo, más se inhibe en el uso de estas variantes, el que más se resiste a la innovación. Posiblemente en dichos grupos existan actitudes subconscientes de rechazo hacia las formas castellanas y un mayor apego a las variantes tradicionales.

En el grupo de las mujeres se establece, en cambio, un claro patrón jerárquico, el característico de las sociedades estratificadas: las representantes de los dos grupos de más nivel sociocultural ya han aceptado el cambio, las mujeres de nivel medio-bajo se hallan incorporadas a él desde hace tiempo, mientras que las de nivel bajo se encuentran muy apegadas todavía a la norma vernácula. Las mujeres, pues, marcan las diferencias sociales entre ellas (si bien de modo subliminal) con más insistencia que los hombres, siendo esta diferencia más pequeña entre los dos niveles más altos y mayor en los dos niveles más bajos. Son, pues, las mujeres de nivel sociocultural alto y medio-alto las que

más sensibles se muestran a la idea de prestigio y las que también desarrollan estrategias comunicativas encaminadas a marcar más nítidamente su estatus social. Las mujeres de nivel medio-bajo parecen imitar este comportamiento.

Dentro de cada nivel, las diferencias más pequeñas entre los dos sexos se han localizado en el grupo sociocultural más alto y las más acusadas en el nivel medio-alto. Los niveles bajo y medio-bajo registran diferencias más constantes. Es, pues, dentro del segundo nivel más alto donde la variante innovadora marca más claramente las diferencias entre uno y otro sexo, con los hombres rechazando el cambio y las mujeres promocionándolo.

Los datos que aportan otros investigadores sobre la interacción de clase social y sexo son diferentes de los que se tienen para Santa Cruz. Para Eckert<sup>15</sup> la diferenciación de género es mayor en aquellos grupos sociales donde el poder es más escaso, esto es, en el extremo más bajo de la escala socioeconómica. Labov<sup>16</sup>, en cambio, sostiene que para las variables sociolingüísticas estables la mayor diferencia entre hombres y mujeres se localiza en el segundo nivel más alto (que manifiesta un cambio de estilo más acusado y un mayor reconocimiento de las variedades estándares externas). J. Milroy<sup>17</sup>, en fin, encuentra en Belfast que la mayor diferencia entre los sexos se encuentra en la clase más alta, siendo muy pequeña en el nivel bajo.

De estos datos se desprende que la interacción entre clase social y sexo es muy variable para cada comunidad de habla, dependiendo tanto del tipo de variantes implicadas (estándares externas vs. vernáculos), como de las creencias y actitudes hacia las mismas (prestigiosas vs. estigmatizadas), como de su distribución social. Ello puede

<sup>15</sup> "The whole woman: sex and gender differences in variation".

<sup>16</sup> "The intersection of sex and social class in the course of linguistic change".

<sup>17</sup> "Probing under the tip of the iceberg: phonological 'normalization' and the shape of speech communities".

provocar que en cada comunidad se desarrollen valores simbólicos diferentes para cada tipo de variante, por lo que tanto el estatus como la solidaridad se marcarán de diferente modo.

Con relación al cruce de las variables sexo y generación, las diferencias resultaron más significativas (cuadro 2).

	Hombres			Mujeres		
	N	%	T	N	%	T
1ª generación	17	25	69	80	67	120
2ª generación	17	18	93	71	33	215
3ª generación	9	5	176	39	29	133

Cuadro 2. Distribución de porcentajes de variantes innovadoras de /ch/ según los factores sexo y generación ( $X^2= 48.361$ ,  $p < 0.001$ ).

Los datos revelan que el único grupo en que las variantes innovadoras resultan mayoritarias frente a las vernáculas es en el de las mujeres de entre 25-35 años. Son ellas, pues, las primeras que se han apuntado al cambio. La mayor resistencia se encuentra, en cambio, entre los hombres de la última generación. La innovación afecta de diferente modo a los miembros de los demás grupos, si bien en todos los casos las mujeres van por delante de los hombres.

Tanto en el grupo de hombres como en el de las mujeres las cifras decrecen según se pasa de la generación más joven a la más vieja, lo que indica que se trata de un cambio reciente. Sin embargo, el ritmo en que se propaga el fenómeno de generación en generación varía para cada sexo. En el grupo de los hombres el mayor corte generacional se sitúa entre las dos últimas generaciones. En el grupo de las mujeres, en cambio, la mayor diferencia se localiza entre la generación más joven y las dos siguientes. El cambio parece haberse iniciado, pues, en el grupo de las mujeres jóvenes, pero su adopción por parte de los

restantes grupos ha sido lenta, especialmente por los hombres de más edad, que en este caso se mantienen prácticamente al margen del mismo.

La mayor diferencia entre los sexos dentro de cada grupo se localiza en las generaciones extremas y la más pequeña en la generación intermedia. El comportamiento de los jóvenes no apoya totalmente la tesis que propugna que el cambio operado en las sociedades occidentales con relación a los roles sexuales conduce a que las diferencias lingüísticas en este grupo de edad sean más pequeñas que entre los mayores<sup>18</sup>.

## CONCLUSIONES

1. Con relación al cambio que nos ocupa, la variante tensa de /ch/ se muestra como un importante indicador de sexo. Hombres y mujeres conforman estrategias diferentes de uso de dicha variante, que pueden ser utilizadas bien como recurso para indicar distancia social o estatus (esto es, para marcar las diferencias entre grupos altos y bajos), bien como un modo de rechazo de la identidad local o de ciertos valores tradicionales (jóvenes frente a mayores).

Dichas estrategias se hallan, además, directamente relacionadas con diferencias intragrupalas en cada uno de los sexos, resultando más eficaces en el comportamiento lingüístico de las jóvenes de los estratos sociales más altos.

2. Las mujeres aparecen más estratificadas social y generacionalmente que los hombres, lo que revela que dicho grupo tiene más asumidos los patrones jerárquicos de organización social. El discurso femenino se estructura, de ese modo, en una serie de niveles de tipo simbólico, que, de modo inconsciente, no hacen sino afirmar la división social existente.

<sup>18</sup> Véase P. TRUDGILL, *Sociolinguistics: an introduction to language and society*, p. 95.

3. La mayor proximidad en el comportamiento de los dos sexos se ha registrado en el nivel sociocultural más alto y en la generación intermedia, dos grupos que ocupan una posición dominante en la actividad social. De ese modo, los grupos con una mayor relevancia social mantienen un comportamiento lingüístico más homogéneo (al menos ante el uso de una variante prestigiosa como la que nos ocupa) y, consecuentemente, manifiestan una mayor cohesión intragrupal.

La mayor distancia lingüística se ha registrado en los niveles socioculturales medio-altos y en las generaciones extremas, dos grupos con características sociales diferentes. En todos los casos las mujeres se han despegado significativamente con relación a los hombres en el uso de las variantes innovadoras. Podría pensarse que las mujeres de nivel sociocultural medio-alto desean una mayor proyección social, de ahí su mayor proximidad con el comportamiento de las mujeres de nivel sociocultural más alto (que ya han alcanzado el nivel al que ellas aspiran y que, por lo tanto, pueden servir como un modelo lingüístico a imitar) que con los hombres de su propio nivel.

Con respecto a las diferencias registradas en la última generación, podría argumentarse que las mujeres se resisten menos que los hombres a aceptar el papel pasivo que normalmente tienen los ancianos en nuestras sociedades. De ahí que tiendan a mostrarse más receptivas ante las modas lingüísticas que se van estableciendo en la comunidad.

Las jóvenes, en cambio, que resultan menos apegadas a la norma vernácula, pueden manifestar, en sus usos lingüísticos, un mayor deseo de reconocimiento o de promoción social.

MANUEL ALMEIDA